

Antiguamente hubo allí un cementerio, erigido bajo la advocación de Saint-Mittre, santo provenzal muy venerado en aquella tierra. Los viejos de Plassans recuerdan haber visto, allá por el año 1851, todavía en pie las tapias del cementerio, cerrado desde algunos años antes. La tierra, repleta de cadáveres por espacio de un siglo, sudaba la muerte, y había sido menester abrir otro camposanto en el extremo opuesto de la población. Abandonado el antiguo cementerio, se purificaba en cada primavera cubriéndose de una vegetación negra y espesa. Aquel suelo grasiento, en donde los sepultureros no podían dar un azadonazo sin arrancar un girón humano, adquirió una fertilidad formidable. Desde la carretera, después de las lluvias de Mayo y los calores de Junio, se veían las hierbas desbordando por encima de la tapia. Dentro, un mar verdoso y sombrío, profundo y esmaltado de flores anchas de brillo singular, y debajo, á la sombra de los compactos tallos, la tierra húmeda que bullía y sudaba la savia.

Una de las curiosidades de aquel campo era entonces unos perales de retorcidos brazos y monstruosos nudos, cuyos enormes frutos desdeñaban las mujeres de Plassans. En la ciudad hablábase de aquellos frutos con gestos de disgusto, pero los pilluelos del arrabal, menos delicados, los robaban, reunidos en bandadas por las tardes, al anochecer, aun antes de que estuviesen maduros.

La vida ardiente de las hierbas y de los árboles devoró bien pronto toda la muerte del viejo cementerio; la podredumbre humana fué ávidamente comida por las flores y los frutos, aconteciendo que, al pasar á lo largo de aquella cloaca, no se sentía ya más que el olor penetrante de los alelíes silvestres. Esto fué obra de algunos veranos.

Por entonces, la ciudad pensó utilizar el inútil terreno; fueron derribadas las tapias de la carretera y del callejón y arrancados la hierba y los perales; se escarbó bien la tierra y se amontonaron en un rincón los huesos que quiso buenamente devolver. Durante cerca de un mes, los pilletes, que lamentaban la destrucción de los perales, jugaron á los bolos con los cráneos, y unos cuantos bromistas de mal género se entretuvieron una noche en colgar tibias y fémures en todos los cordones de las campanillas de Plassans. Semejante escándalo, del que aún se conserva el recuerdo, no acabó hasta el día en que la autoridad dispuso que fuesen enterrados aquellos restos humanos en una ancha y profunda huesa del nuevo cementerio; pero como en provincias los trabajos se llevan á cabo con sabia lentitud, los habitantes de la ciudad presenciaron durante una semana larga los viajes del único carromato habilitado para transportar restos humanos como si fueran cascote. Lo peor era que la carretilla tenía que atravesar la población en toda su longitud, y que el mal empedrado de las calles le hacía sembrar á cada salto pedazos de huesos y puñados de tierra grasienta. Así continuó la faena, sin la menor ceremonia religiosa; un acarreo lento y brutal. Jamás ciudad alguna se manifestó más impía.

Por espacio de muchos años, el terreno del antiguo cementerio continuó siendo objeto de espanto. Abierto por completo á orillas de una gran vía, permaneció desierto, produciendo de nuevo hierbajos inútiles. La ciudad, que esperaba venderlo para construcciones, no halló comprador; acaso el recuerdo del montón de huesos y de la carretilla yendo y viniendo por las calles con la insistencia de una pesadilla, retrajo á las gentes; tal vez sea preciso explicarse el hecho por la pereza provinciana para destruir y edificar, pero

ello fué que el municipio se quedó con el terreno y que acabó por olvidar sus propósitos de enagenarlo; ni aun siquiera lo rodeó de una empalizada; entró quien quiso, y, poco á poco, con ayuda de los años, llegó la gente á acostumbrarse á aquel rincón vacío, se sentó sobre la hierba de los bordes, atravesó el campo y lo pobló. Cuando los pies de los paseantes agostaron la verde alfombra, y la tierra pisoteada fué poniéndose gris y endurecida, el antiguo cementerio llegó á parecerse á una plaza pública mal nivelada. Para borrar mejor todo recuerdo repugnante, los habitantes de Plassans, sin darse cuenta, cambiaron poco á poco el nombre del terreno, contentándose con conservar el del santo, que adoptaron también para bautizar el callejón vecino, y así llegó á haber el campo y el callejón de Saint-Mittre.

Estos hechos datan de largo; desde hace treinta años el campo de Saint-Mittre tiene una fisonomía especial. La ciudad, indolente y despreocupada, para sacar de él mejor partido, lo tiene alquilado por poco precio á los carreteros del arrabal, que han instalado allí un almacén de maderas, y hoy día sigue atestado de enormes vigas de diez y quince metros de longitud, amontonadas acá y allá, semejantes á grandes haces de altas columnas caídas por tierra. Estos montones de vigas, estas especies de mástiles colocados paralelamente y que llegan de uno al otro extremo del campo, son la continua alegría de los rapaces. Habiendo resbalado algunos maderos, el terreno se encuentra en ciertos sitios cubierto con una especie de entarimado de piezas redondeadas, sobre el cual no se puede marchar sino haciendo milagros de equilibrio. Todo el día bandadas de niños se entregan á este ejercicio; véseles saltar sobre los maderos más gruesos, siguiendo á lo largo las estrechas aristas ó poniéndose á horca-

jadas, juegos variados que concluyen generalmente en batacazos y lágrimas; ó bien se sientan una docena de ellos, apretados unos contra otros, en el extremo de alguna viga elevada algunos pies del suelo, balanceándose durante horas enteras. De este modo el campo de Saint-Mittre se ha convertido en el sitio de recreo donde desde hace más de veinticinco años vienen á romperse los fondillos de los pantalones todos los pilletes del arrabal.

Pero lo que acaba de prestar á este rincón abandonado un carácter extraño, es que los gitanos que pasan lo hayan elegido tradicionalmente por domicilio. Cuando llega á Plassans uno de esos carromatos que contiene una tribu entera, se instala inmediatamente en el campo de Saint-Mittre; así es que jamás está abandonado; hay siempre allí alguna banda de gente de singular aspecto, alguna cuadrilla de hombres salvajes y de mujeres horriblemente escuálidas, entre las cuales se ven revolcarse grupos de hermosos niños. Todos ellos viven sin vergüenza al aire libre, guisando y comiendo cosas sin nombre, desplegando sus agujereadas tiendas, durmiendo, disputando, acariciándose y apestando á porquería y á miseria.

El que fué campo muerto y desierto, en donde en medio del silencio sofocante del sol sólo se oía el zumbido de los abejorros que revoloteaban alrededor de las bien nutridas flores, ha llegado á ser así un sitio alegre, lleno del ruido de las querellas de los gitanos y de los gritos agudos de los pilluelos del arrabal. Una sierra, que parte en un rincón los maderos del almacén, chirría, sirviendo de acompañamiento bajo, sordo y continuo á las agudas voces. La maquinaria es completamente primitiva; sobre dos caballetes elevados se coloca el madero, y dos aserradores, el

uno arriba, encima del madero mismo, y abajo el otro, cegado por el serrín que cae, imprimen á una ancha y fuerte hoja dentada un continuo movimiento de vaivén. Por espacio de muchas horas aquellos dos hombres se doblan y se yerguen, semejantes á dos muñecos articulados, con la regularidad y rigidez de una máquina. A medida que van serrando maderos, colocan la madera apilada en montones de dos ó tres metros, metódicamente construídos tablón por tablón, formando cubos perfectos. Aquella especie de castillejos cuadrados, que con frecuencia permanecen allí mucho tiempo rodeados por hierbajos al nivel del suelo, son uno de los encantos del campo de Saint-Mittre. Forman misteriosos senderos estrechos y discretos que conducen á una avenida más ancha, situada entre los castillejos de madera y la tapia: aquello es un desierto; una franja de verdura de la que no se divisa más que pedazos de cielo. En aquel callejón, cuyos muros están cubiertos de musgo y cuyo suelo parece alfombrado con un tapiz de espesa lana, reinan todavía la vegetación poderosa y el pavoroso silencio del antiguo cementerio; soplan allí los hálitos tibios y vagos de las voluptuosidades de la muerte, que salen de las viejas sepulturas caldeadas por los ardores del sol. En todos los alrededores de Plassans no hay otro sitio más conmovedor, más vibrante de ternura, de soledad y amor. Amar allí debe ser delicioso. Cuando se vació el cementerio, debieron amontonar las osamentas junto á aquella pared, porque todavía, al hollar la hierba húmeda, se suele tropezar con fragmentos de cráneos.

Nadie piensa ya en los muertos que han dormido bajo la hierba. De día, los niños van sólo detrás de los montones de madera, cuando juegan al escondite; la verde avenida permanece vir-

gen é ignorada; no se ve más que el depósito atestado de vigas y gris por el polvo. Por las mañanas y por las tardes, cuando el sol calienta, el terreno entero bulle, y por encima de toda aquella turbulencia, por encima de los galopines que juegan entre las maderas, y de los gitanos atizando el fuego bajo sus marmitas, destaca sobre el cielo la silueta rígida del aserrador, yendo y viniendo con un movimiento acompasado de balancín, como para regular la vida ardiente y nueva que ha surgido en aquel antiguo campo del eterno reposo. Unicamente los viejos que vienen á sentarse sobre las grandes vigas para calentarse al sol poniente, hablan á veces de los huesos que en otro tiempo vieron trasladar por las calles de Plassans conducidos por la carretilla legendaria.

Al caer la noche, el campo de Saint-Mittre se vacía, se entreabre como un gran agujero negro; en el fondo tan sólo se divisan los moribundos resplandores de las fogatas de los gitanos; de vez en cuando se ven desaparecer sombras en la masa espesa de las tinieblas. En invierno, sobre todo, aquel sitio resulta siniestro.

Un domingo por la noche, hacia las siete, un joven desembocó lentamente del callejón de Saint-Mittre, y, rozando las tapias, avanzó por entre los maderos del depósito. Eran los primeros días del mes de Diciembre de 1851; hacía un frío seco; la luna, llena á la sazón, tenía esas claridades agudas peculiares de las lunas de invierno. Aquella noche el campo de Saint-Mittre no se hundía en la obscuridad siniestra como en las noches lluviosas; iluminado por anchas zonas de luz blanca, se extendía en el silencio y en la inmovilidad del frío con dulce melancolía.

El joven se detuvo algunos segundos en el borde del campo, mirando ante sí con desconfianza.

Debajo de su chaqueta ocultaba la culata de un fusil, cuyo cañón, inclinado al suelo, relucía á la luz de la luna. Apretando el fusil contra su pecho, escudriñó con mirada atenta las tinieblas que lanzaban sobre el fondo del terreno los castillejos de madera. Había allí, como en un tablero de ajedrez, manchas blancas y negras de luz y de sombra de contornos distintamente recortados. En medio del campo, sobre un trozo de suelo gris y pelado, se dibujaban los caballetes de los aserradores, alargados, estrechos, extraños, parecidos á una monstruosa figura geométrica trazada con negra tinta sobre un papel. El resto del depósito, las pilas de vigas, no eran más que un vasto lecho donde la claridad dormía, apenas estriada por pequeñas rayas negras de las líneas de sombras que corrían á lo largo de los gruesos troncos. Bajo aquella luna de invierno, en el silencio helado, aquel mar de mástiles tendidos, inmóviles, como ateridos de sueño y frío, recordaban los muertos del viejo cementerio. El joven recorrió con rápida ojeada aquel espacio vacío; ni un sér, ni un soplo, ningún temor de ser visto ni oído. Las manchas de sombra del fondo le inquietaban algo más; sin embargo, después de un corto examen, se decidió y atravesó rápidamente el depósito.

Cuando se sintió á cubierto, acertó el paso: se encontraba entonces en la avenida verde que corre á lo largo de la tapia detrás de los tablones. Allí no oía ni el ruido de sus pasos; la hierba helada crujía apenas bajo sus pies. Experimentaba un sentimiento de bienestar. Debía amar aquel sitio, no temer en él peligro alguno, ni venir á buscar allí más que lo dulce y lo bueno. Dejó de ocultar el fusil. La avenida se prolongaba, semejando una zanja de sombra; á trechos la luna, deslizándose entre dos montones de tablas,

trazaba sobre la hierba una raya de luz. Todo dormía, las tinieblas y las claridades, con un sueño profundo, dulce y triste. Nada comparable á la paz de aquel sendero. El joven lo recorrió en toda su longitud. En el punto donde forman ángulo las tapias del Jas-Meiffren se detuvo con el oído atento como para escuchar si algún ruido venía de la finca vecina. Después, no oyendo nada, se agachó, levantó un tablón, y escondió el fusil bajo un montón de maderos.

Allí, junto al rincón, había una antigua piedra sepulcral olvidada cuando se hizo la monda del cementerio, y que, sesgada sobre el terreno, formaba una especie de banco un poco elevado; la lluvia había carcomido sus bordes y el musgo la roía lentamente; pero á la pálida luz de la luna aún podía leerse este fragmento de epitafio grabado sobre la cara que miraba al suelo: «Aquí yace... María... muerta...» El tiempo había borrado lo restante.

Después de esconder el fusil, el joven, escuchando de nuevo y no oyendo nada, se decidió á subir sobre la piedra. La tapia era baja, y apoyó los codos sobre el caballete. Pero detrás de la fila de moreras que bordea la tapia, no vió más que una llanura de luz: las tierras del Jas-Meiffren, áridas y sin árboles, se extendían bajo la luz de la luna como una inmensa sábana de lienzo crudo. A unos cien metros, la habitación y las dependencias ocupadas por el guarda se destacaban como puntos de un blanco más brillante. El joven miraba con inquietud hacia aquel lado, cuando el reloj de la ciudad comenzó á dar las siete con golpes graves y lentos; los contó, descendió de la piedra como sorprendido y tranquilizado, y sentóse sobre ella cual hombre que se prepara á esperar largo tiempo. Ni aun parecía que sentía el frío. Durante media hora

permaneció inmóvil, soñador, con los ojos fijos en una masa de sombra. Se había colocado en un espacio obscuro, pero poco á poco la luna que ascendía lo alcanzó, y su cabeza se encontró en plena claridad.

Era un mozo de aspecto vigoroso, cuya boca fina, y cuya tez, delicada aún, denunciaban la juventud. Podría tener diecisiete años. Era hermoso, con una belleza característica.

Su rostro enjuto y largo parecía modelado por la hábil mano de un escultor poderoso. Alta la frente, los arcos de las cejas prominentes, la nariz aguileña, la barba ancha y carnosa, los pómulos salientes y angulosos, daban á su cabeza un relieve y un vigor extraordinarios. Con la edad aquella cabeza debía aparecer enjuta como la de un caballero andante; pero en la pubertad, apenas cubierta la barba y las mejillas por ligero bozo, aparecía atenuada su rudeza por ciertas blanduras encantadoras, por ciertos rasgos de la fisonomía, aún vagos é infantiles. Los ojos, de un negro claro, todavía inundados de adolescencia, imprimían dulzura á aquel semblante enérgico. No todas las mujeres hubieran gustado de aquel niño, porque no era lo que se llama un muchacho bonito; pero en conjunto revelaban sus facciones tanta vida, tanto ardor, tanto entusiasmo, tanta vehemencia, tanto vigor, tanta fuerza, que las doncellas del contorno, aquellas doncellas ardientes del Mediodía, debían soñar con él después de verle pasar por delante de sus puertas en las calurosas tardes de Julio.

Sentado sobre la losa funeraria, seguía soñando sin darse cuenta de que las claridades de la luna bañaban ya su pecho y sus piernas. Era de mediana estatura, de cuerpo ligeramente rechoncho; al extremo de sus brazos desarrolladísimos, manos de obrero, que el trabajo había ya endure-

cido, se afirmaban sólidamente; sus pies, calzados de gruesos zapatos, parecían fuertes, cuadrados por la punta. Por su traje y sus extremidades, por la actitud torpe de sus miembros, era puéblo; pero en lo erguido de su cuello, en lo inteligente de su mirada había como una protesta sorda contra el oficio manual que le embrutecía y que comenzaba á inclinarlo sobre la tierra. Debía ser una naturaleza inteligente, ahogada bajo la pesadumbre de su raza y de su clase; una de esas almas tiernas y exquisitas alojadas en carne poderosa, que sufren por no poder salir radiantes de tan espesa envoltura. Por eso, no obstante su fortaleza, parecía tímido é impaciente, como si, presintiéndose incompleto, aspirase á completarse y no supiera cómo lograrlo; bravo niño, cuyas ignorancias originaban entusiasmos; corazón de hombre servido por una razón de muchacho, tan capaz de abandonos de mujer como de valor de héroe. Aquella tarde vestía chaqueta de pana de color verdoso, pantalón y un sombrero de fieltro blando, algo echado para atrás, y que proyectaba en su frente una línea de sombra.

Cuando sonó la media en el reloj vecino, salió de su ensueño. Al verse bañado de luz, miró en torno suyo con inquietud; por un movimiento brusco entró en lo obscuro, pero no pudo reanudar el hilo de sus ensueños. Sintió entonces que sus pies y sus manos se helaban, y se apoderó de él la impaciencia. Otra vez se encaramó en la piedra y escudriñó la explanada de Jas-Meiffren, que continuaba solitaria y silenciosa. Luego, no sabiendo cómo matar el tiempo, sentóse otra vez, sacó el fusil del escondite donde lo había ocultado, y empezó, distraído, á hacer jugar la llave. Era aquella un arma larga y pesada, que debió pertenecer sin duda á algún contrabandista: en

lo grueso de la culata, el gran calibre y lo pesado del cañón reconocíase un viejo fusil de chispa transformado al sistema de pistón por algún armero del país. Otras semejantes encuéntrase á cada paso colgadas en las granjas por cima de las chimeneas. El joven acariciaba la suya con amor; más de veinte veces alzó y bajó el pie de gato, y otras tantas introdujo el dedo meñique en el cañón, examinando atentamente la caja. Poco á poco fué animándose con infantil entusiasmo, y acabó por echársela á la cara, apuntando al vacío como un recluta que hace el ejercicio.

Faltaba muy poco para las ocho. Tenía el arma en puntería hacía ya más de un minuto, cuando una voz, leve como un suspiro, débil y anhelosa, salió de Jas-Meiffren.

—¿Estás ahí, Silverio?—preguntó.

Silverio dejó caer el fusil, y de un salto se puso sobre la piedra funeral.

—Sí, sí—contestó ahogando también la voz.— Espera, te voy á ayudar.

No había aún extendido el brazo, cuando una cabeza de muchacha apareció sobre la pared. Con agilidad extraordinaria, apoyándose en la rama de una morera, trepó como una gatita. Al ver la seguridad con que lo hacía y la soltura de sus movimientos, comprendíase que aquel camino le era familiar. En un abrir y cerrar de ojos quedó sentada sobre la bardilla de la tapia. Entonces Silverio la tomó en sus brazos y la colocó sobre el banco; ella se resistía.

—¡Déjame!—decía con risa de chiquilla juguetona.—¡Déjame!... ¿Si crearás que no sé bajar sola?...—Y cuando estuvo sobre la piedra, prosiguió:—¿Hacía mucho rato que esperabas? He corrido... Estoy sofocada.

Silverio no replicó. No parecía dispuesto á bro-

mear; miraba á la joven con aire triste, y sentóse al lado de ella, diciendo:

—¡Quería verte, Miette!... Hubiera esperado toda la noche... Me voy mañana al amanecer.

Miette reparó entonces en el fusil caído en tierra: se puso grave, y murmuró:

—¡Ah! Es cosa decidida. Veo tu fusil.

Hubo un momento de silencio.

—Sí—respondió Silverio con voz insegura;—es mi fusil. He preferido sacarlo esta noche de casa; mañana mi tía Dida me podía ver cogerlo y asustarse... Voy á esconderlo, y volveré por él en el momento de marchar.—Y notando que Miette no quitaba los ojos del arma que tan torpemente había dejado en el suelo, se levantó y la deslizó de nuevo en el montón de tablas.—Hemos sabido esta mañana—dijo tornando á sentarse—que los insurrectos de la Palud y los de Saint-Martin-de-Vaulx estaban en marcha y que habrán pasado la noche en Alboise, y decidido incorporarnos á ellos. Hoy, después del mediodía, una partida de obreros de Plassans ha salido de la ciudad, y mañana los pocos que quedan irán á reunirse con sus hermanos.

La palabra «hermanos» la pronunció Silverio con énfasis infantil. Luego, animándose, prosiguió con voz vibrante:

—La lucha es inevitable. Pero la justicia está de nuestra parte, y triunfaremos.

Miette escuchaba á Silverio, mirando fijamente hacia adelante, sin ver. Cuando éste calló, dijo sencillamente:

—Está bien.—Y tras breve silencio, prosiguió:—Me lo habías advertido. Sin embargo, aún esperaba... En fin, es cosa decidida...

No pudieron encontrar otras palabras.

El desierto rincón del depósito y la verde callejuela recobraron su calma melancólica; sólo la

luz de la luna vivía allí, haciendo girar lentamente sobre la hierba las sombras de los tablones. El grupo formado por los dos jóvenes sobre la piedra sepulcral permanecía mudo é inmóvil, en la pálida claridad. Silverio tenía abrazada por la cintura á Miette, y ésta había reclinado lánguidamente su cuerpo sobre el hombro del joven. No cambiaban besos; nada más que un abrazo en que el amor tenía la dulce inocencia de una ternura fraternal.

Miette estaba cubierta con una capa con capucha que le llegaba hasta los pies y la envolvía completamente; sólo se le veían la cara y las manos. Las mujeres del pueblo, las campesinas y las obreras, llevan todavía en Provenza esas amplias capas, llamadas «pelisses», cuya moda procede de época muy remota. Al llegar Miette se echó atrás la capucha; de sangre ardiente, y acostumbrada á vivir al aire libre, no usaba cofia. Su cabeza descubierta se destacaba vigorosamente sobre la pared iluminada por la luna. Era una niña, pero una niña que comenzaba á ser mujer; atravesaba esa hora indecisa y adorable en que la niña se transforma en muchacha. En toda adolescente hay una delicadeza especial de capullo naciente, una difusión de formas de un encanto exquisito; las líneas enérgicas y voluptuosas de la pubertad se indican en las inocentes delgadeces de la infancia; la mujer se desprende con sus primeros embarazos púdicos, conservando á medias su cuerpo de niña y colocando en cada uno de sus rasgos la confesión de su sexo. Para algunas adolescentes es fatal esta época de la vida; crecen bruscamente, se afean, y se ponen amarillas y lánguidas como plantas enfermas.

Para Miette, como para aquellas que son ricas en sangre y que viven al aire libre, ésta es una hora de gracia penetrante, que nunca vuelven á

encontrar. Miette tenía trece años; aun cuando ya era robusta, no representaba más edad; tan sonriente y sencilla mostrábase á cada momento su fisonomía. La mujer se desarrollaba rápidamente en ella, gracias al clima y á la vida ruda que llevaba. Era casi tan alta como Silverio, gruesa y rebosando vida. Como la de su amigo, su belleza no era la de todo el mundo. Nadie hubiera encontrado razón para llamarla fea; á muchos lindos jóvenes hubiera parecido extraña por lo menos. Tenía soberbios cabellos rectos y rudos sobre la frente, rechazados poderosamente hacia atrás como una ola bullidora, y corriendo luego á lo largo de su cráneo y su nuca, semejando á un mar irritado de un negro de tinta lleno de burbujas y caprichos; tan abundantes eran, que no sabía qué hacer con ellos: le molestaban; se los retorció en varias trenzas del grueso de la muñeca de un niño, apretándolos todo lo que podía para que ocupasen el menor espacio posible, y los enroscaba en ancho rodete. Apenas tenía tiempo para pensar en peinarse; y resultaba que aquel moño, hecho sin espejo y de prisa, tomaba bajo sus dedos una gracia singular.

Al verla con la cabeza adornada por un casco viviente que le caía sobre las sienes y la nuca, como si fuese la piel de una fiera, comprendíase que la llevara siempre descubierta, sin cuidarse de la lluvia ni del hielo. Debajo de la línea obscura de cabellos, la frente muy estrecha parecía, por su forma y su color plateado, una pequeña luna en creciente. Sus ojos abultados, la nariz corta, ancha de ventanas y remangada, los labios muy gruesos y muy rojos, hubieran parecido otras tantas fealdades examinados separadamente; pero, tomados en la redondez encantadora del semblante, vistos en la manifestación ardiente de la vida, formaban un conjunto extraño de notable

belleza. Cuando se reía echando atrás la cabeza é inclinándola un poco sobre el hombro derecho, parecía á la bacante antigua, con la garganta inflada por sonora alegría, las mejillas redondas como las de un chicuelo, los anchos dientes blancos, las trenzas de negros y crespos cabellos, á los cuales las carcajadas hacían agitarse sobre la nuca como si fueran una corona de pámpanos. Para encontrar en ella á la virgen, á la niña de trece años, preciso era fijarse en la gran inocencia que revelaba su risa franca y expansiva de mujer hecha, y, sobre todo, en la delicadeza todavía infantil de la barba y la blanda tersura de sus mejillas. Su rostro, tostado por el sol, algunos días tenía tonos de ámbar amarillo; una suave pelusilla negra se dibujaba ya sobre el labio superior. El trabajo comenzaba á deformar sus manos pequeñas y cortas, que, á poder quedar ociosas, hubiesen llegado á ser adorables y redondas manos de burguesa...

Largo espacio dejaron transcurrir Miette y Silverio sin pronunciar palabra. El uno en los ojos del otro leía respectivamente la inquietud que dominaba á los dos; y á medida que se engolfaban más y más en el temor de lo desconocido del mañana, apretábanse en un abrazo más estrecho. Entendíanse con el corazón, comprendiendo lo inútil y cruel de toda queja formulada en alta voz. La joven, sin embargo, no pudiendo contenerse más, ahogándose casi, resumió los mutuos temores en esta frase:

—Volverás, ¿no es cierto?—balbuceó abrazando á Silverio.

Este, sin responder, con la garganta anudada, temeroso de romper á llorar como su amiga, la besó en la mejilla como un hermano que no encuentra otro consuelo que darle. De nuevo se apartaron, y otra vez guardaron silencio.

De pronto Miette se estremeció. Ya no se apoyaba contra el hombro de Silverio, y sentía frío. El día antes no hubiese temblado como entonces en el fondo de aquella desierta callejuela, sobre aquella piedra funeraria donde hacía tiempo vivían tan dichosamente de sus ternuras en la mansión de paz de los muertos.

—Tengo mucho frío—dijo la niña, calándose el capuchón.

—¿Quieres que andemos?—le preguntó el joven.—No son las nueve; podemos dar un paseo por la carretera.

Miette pensó que acaso por espacio de mucho tiempo se vería privada de la alegría de una cita, de una de esas conversaciones por la noche para las cuales vivía el día entero.

—Sí, vamos—replicó;—vamos hasta el molino... Si tú quisieras, pasaríamos aquí la noche.

Levantáronse de la piedra y se ocultaron en la sombra que proyectaba un montón de tablas. Miette abrió su capa, salpicada de pequeños lunares y forrada de indiana color de sangre, y echando una punta por encima de los hombros de Silverio, juntóle con ella, cubriéndose los dos con el ancho abrigo. Pasaron mutuamente un brazo alrededor de sus talles. Cuando estuvieron así confundidos en un sólo sér, cuando se encontraron ocultos debajo del mismo abrigo hasta el punto de perder la forma humana, echaron á andar poquito á poco hacia el camino, atravesando sin miedo los espacios vacíos del depósito iluminados por la luna. Miette había envuelto á Silverio y éste habíase prestado á ello de un modo completamente natural, como si todas las noches les hubiera hecho la capa igual servicio.

La carretera de Niza, á cuyos dos lados se extiende el arrabal, estaba bordeada en 1851 por olmos seculares, viejos gigantes, ruinas grandio-

sas, pero todavía llenos de vida, que el municipio reemplazó hace algunos años por raquíticos plátanos. Cuando Silverio y Miette estuvieron debajo de los árboles, cuyas ramas proyectaban su monstruosa sombra sobre la blanca superficie del camino, vieron dos ó tres veces masas negras que se movían silenciosamente al nivel de las casas. Eran, como ellos, parejas amorosas herméticamente encerradas en una pieza de paño, paseando también en el fondo de la sombra su discreta ternura.

Los enamorados de los pueblos del Mediodía han adoptado esta manera de pasear. Los mozos y las doncellas del pueblo, los que en día más ó menos lejano han de casarse, y no repugnan anticiparse besos y abrazos, no sabiendo dónde refugiarse para cambiar sus caricias con desahogo sin exponerse á chismes y habladurías, han elegido este procedimiento. Aunque sus padres los dejan en absoluta libertad, si alquilaran un cuarto en la ciudad y en él se reunieran á solas, serían al día siguiente el escándalo del país. Por otra parte, no todas las tardes tienen tiempo para buscar la soledad del campo.

Por eso recorren los arrabales, los terrenos baldíos, las alamedas de los caminos, todos los sitios, en fin, donde abundan los rincones oscuros y escasean los transeuntes. Y, por prudencia, como en las poblaciones pequeñas todos los vecinos se conocen, tienen cuidado de disfrazarse, envolviéndose en aquella especie de mantos, capaces para una familia entera.

Los padres toleran estas excursiones en plena obscuridad, la rígida moral provinciana no parece alarmarse por ello, y con tal que no se paren los enamorados en las encrucijadas más sombrías y no se sienten entre las matas, se dan por satisfechos hasta los más exagerados en pun-

to á pudor. No pueden hacer más que besarse mientras caminan; alguna vez, sin embargo, una doncella se pierde: es que los enamorados se sentaron.

Nada más bello, en verdad, que estos paseos de amor; la imaginación viva y picaresca de la gente del Mediodía se revela en ellos; es una mascarada fértil en pequeños placeres, y al alcance de todo el mundo. La novia no tiene que hacer más que abrir su capa, y allí hay un asilo para su amante; lo oculta junto á su corazón, al abrigo del calor de su cuerpo, como las burguesillas esconden á sus galanes bajo sus lechos ó en los armarios. El fruto prohibido tiene así un sabor extraordinariamente dulce, es saboreado al aire libre, en medio de los indiferentes, y á lo largo de los caminos. Lo que hay en él de más exquisito, lo que da una voluptuosidad penetrante á los besos cambiados, debe ser la certidumbre de besarse impunemente delante de todo el mundo, permanecer por la noche y en público en brazos uno del otro, sin correr el peligro de ser reconocidos y señalados con el dedo.

Cada pareja no es más que una masa oscura que se parece á otra pareja. Para el paseante que se retarda y las ve moverse bajamente, es el amor que pasa: nada más; el amor sin nombre, el amor que se adivina y que se ignora. Los amantes, sabiendo que están bien ocultos, hablan en voz baja cual si estuvieran en su propia casa; las más de las veces no dicen nada, y andan horas y más horas al azar, dichosos con sólo estar juntos y abrazados debajo del mismo manto. Esto es voluptuoso y virginal á la vez. El clima es el gran culpable; él es el que ha debido invitar á los amantes á buscar los más ocultos rincones de los arrabales. En las tranquilas noches del estío no se puede dar vuelta á Plassans sin des-

cubrir en la sombra de cada tapia una pareja encapuchada. Algunos sitios, por ejemplo, el campo de Saint-Mittre, están poblados de estos dominós sombríos, que se deslizan lentamente, sin ruido, envueltos en el tibio ambiente de la noche serena; parecen los convidados á un baile misterioso dado por las estrellas á los pobres en honor de sus amores. Cuando hace calor y las jóvenes no llevan las capas, se contentan echándose por la cabeza la falda primera de su traje. En invierno, los más enamorados se burlan de las heladas.

Mientras bajaban por la carretera de Niza, Silverio y Miette no pensaban en el frío de aquella noche de Diciembre. Sin cruzar palabra atravesaron el arrabal; volvían á gozar con muda alegría el encanto de verse juntos. Sus corazones estaban tristes; la felicidad que experimentaban estrechándose tiernamente, tenía algo de la dolorosa emoción de un adiós, y pensaban que no iba á agotarse jamás aquella dulzura amarga de su silencioso paseo. Bien pronto llegaron al extremo del arrabal, adonde eran escasas las viviendas. Allí está la entrada de Jas-Meiffren, formada por dos gruesos pilares y una verja, á través de cuyos barrotes se ve la extensa alameda de moreras. Al pasar, Miette y Silverio dirigieron una mirada inquieta á la finca.

De allí en adelante, el camino baja en cuesta hasta el fondo de un valle que sirve de lecho al Viorne, arroyo en verano y torrente en invierno. Las dos hileras de olmos continuaban en aquella época haciendo de la carretera una magnífica avenida, que cortaban los campos de trigo y las raquílicas viñas como una cinta de árboles gigantes. Aquella noche de Diciembre, á la luz de la luna, clara y fría, las labores recientes parecían vastos lechos de guata gris capaces de

amortiguar todos los ruidos del aire. A lo lejos oíase la voz sorda del Viorne que interrumpía la inmensa paz de la campiña.

Cuando los jóvenes empezaron á bajar la cuesta, Miette se acordó de Jas-Meiffren, por delante de cuya verja acababan de pasar.

—Esta noche me ha costado mucho trabajo escaparme—dijo.—Mi tío no acababa de mandarme á dormir. Se había encerrado en la bodega, donde creo que enterraba su dinero, porque esta mañana me parecía muy asustado por los acontecimientos que se preparan.

Silverio la estrechó con ternura, diciendo:

—No hay que entristecerse. Ten valor. ¡Ah! ¡Ya llegará día en que estaremos siempre juntos!

—¡Ah!—replicó la niña.—Tú tienes esperanza; pero yo... Hay días que estoy muy triste... No es el mucho trabajo lo que me aflige; por el contrario, me alegro de la dureza de mi tío y de las tareas que me impone; razón tuvo en hacer de mí una campesina. Yo hubiera parado mal... A veces me parece que estoy maldita... Entonces quisiera morirme... Pienso en aquel que tú sabes, y...

Al pronunciar estas palabras, la voz de la niña se extinguió en un sollozo. Silverio la interrumpió casi con dureza:

—Cállate—dijo.—Me habías prometido no pensar en eso. ¿Qué culpa tienes tú?—Y con acento más dulce, prosiguió:—Me quieres mucho, ¿verdad? Mira: cuando nos casemos, ya no pasarás malos ratos.

—Ya lo sé. Tú eres muy bueno—murmuró Miette.—Pero ¿qué quieres? Tengo miedo; á veces siento algo que me subleva... Pienso que me han hecho daño, y me entran ganas de ser mala. Te abro mi corazón. Cada vez que me echan en cara el nombre de mi padre, siento una quemadura en

todo el cuerpo. Cuando al pasar me dicen los pilletes: «¡Eh! ¡La Chantegreil!» me pongo fuera de mí, y quisiera cogerlos para pegarles.—Y tras sombrío silencio prosiguió:—Dichoso tú, que eres hombre y vas andar á tiros...

Silverio la había dejado hablar. Anduvieron unos cuantos pasos en silencio, y dijo con voz triste:

—No tienes razón, Miette; tu cólera es injusta; no debes revolvete contra la justicia. Yo voy á batirme por el derecho de todos, no tengo ninguna venganza que satisfacer.

—No importa. Yo quisiera ser hombre y batirme. Creo que eso me consolaría.—Pero conociendo por el silencio de Silverio que le había disgustado, la fiebre que la enardecía desapareció, y balbuceó con voz suplicante:—No te has enfadado, ¿verdad? Tanto me apesadumbra pensar que te vas, que me asaltan ideas muy desagradables, lo confieso. Comprendo que tienes razón, que debo ser humilde, pero...

Y se echó á llorar. Silverio, conmovido, le tomó las manos y se las besó.

—Vamos—le dijo tiernamente;—pasas de la cólera á las lágrimas como un niño. Es preciso ser razonable. ¡No te riño! Quisiera sencillamente verte más dichosa. Y esto depende de ti en gran parte.

Aquel drama, cuyo doloroso recuerdo había evocado Miette, entristeció á los dos amantes durante algunos minutos. Siguieron paseando con la cabeza baja y el ánimo conturbado.

—¿Me crees más feliz que tú?—preguntó Silverio.—Si mi abuela no me hubiera recogido y criado, ¿qué sería de mí? Aparte de mi tío Antonio, que es obrero como yo y me ha enseñado á amar la república, todos mis demás parientes

pasan por mi lado como si temieran que los manchase.

Poco á poco se fué exaltando. Paróse en medio del camino, deteniendo á Miette, y prosiguió:

—Dios me oye, Miette; ni odio ni envidia á nadie. Pero, si llegamos á triunfar, ya le diré cuántas son cinco á todos esos caballeros. Ya, ya lo sabe tío Antonio... Verás, cuando vuelva, qué libres y qué felices vivimos.

Miette le atrajo suavemente, y volvieron á ponerse en marcha.

—Amas mucho á la república—le dijo tratando de chancearse;—pero me quieres más á mí, ¿verdad?

Reía, pero en el fondo de su risa había mucha amargura. Acaso pensaba que Silverio se dejaba arrastrar demasiado fácilmente por el afán de correr aventuras. El joven repuso con gravedad:

—Tú eres mi mujercita, y tuyo es todo mi corazón. Amo á la república, porque te amo á ti. Cuando nos casemos, necesitaremos mucho bienestar, y para lograr una parte de él me voy mañana. ¿Me aconsejas que me quede en mi casa?

—¡Oh! Nada de eso—exclamó vivamente Miette.—El hombre debe ser fuerte. El valor es hermoso. Perdóname que sea celosa. Quisiera ser tan fuerte como tú, para que me amaras más aún.

Guardó silencio un momento, y luego prosiguió con una vivacidad y una candidez encantadoras:

—¡Ah! ¡Con qué gusto te abrazaré y te besaré cuando vuelvas!

Aquel grito, nacido en un corazón enamorado y valiente, llegó al fondo del de Silverio. Abrazó á Miette, y cubrió de besos sus mejillas; la niña se defendía riendo, pero en sus ojos había lágrimas de emoción. En torno á los amantes la campiña seguía dormida en la paz inmensa del frío.

Habían llegado hasta la mitad de la pendiente; á su izquierda estaba un montecillo bastante elevado, en cuya cumbre la luna blanqueaba las ruinas de un molino de viento, del cual sólo quedaba la torre medio derruida por un lado; aquella era la meta que habían señalado los jóvenes á su paseo. Desde que salieron del arrabal, marcharon distraídos sin conceder ni una mirada á los campos que atravesaban.

Después que hubo besado en las mejillas á Miette, Silverio alzó la cabeza, y reparó en el molino.

—¡Cuánto hemos andado!— exclamó.— Mira, ahí está el molino. Deben ser ya cerca de las nueve y media. Es preciso regresar.

Miette hizo un mohín.

—Andemos otro poco. Algunos pasos nada más. Sólo hasta allí.

Silverio la volvió á coger por el talle, sonriendo, y de nuevo emprendieron la marcha por la cuesta. Ya no temían las miradas de los curiosos; desde que dejaron atrás las últimas casas, no habían encontrado alma viviente.

Mas no por eso se descubrieron; aquel manto, aquel abrigo común, era una especie de nido natural de sus amores. ¡Los había cubierto durante tantas noches felices! Si hubieran continuado su paseo separados, les hubiese parecido que estaban solitarios y aislados en medio del anchuroso campo; juntos así, formando un solo ser, estaban más seguros y confiados. A través de los pliegues de la capa contemplaban aquellos terrenos, sin experimentar esa pesadumbre que los dilatados horizontes ejercen sobre las ternuras humanas; parecíales que llevaban consigo su propia casa, gozando de la campiña como si contemplasen desde una ventana aquellas tranquilas soleadas envueltas en una sábana de melancólica

luz, vaga y serena, en el silencio de aquella noche de invierno; aquel valle entero, que, encantándolos, no era, sin embargo, bastante á separar sus corazones, apretados el uno contra el otro.

Habíanse abstraído de tal suerte, que ya no hablaban de nada ajeno á ellos, ni siquiera de ellos mismos: vivían solo en el minuto presente. Con las manos entrelazadas, cambiando una exclamación á la vista de un trozo de paisaje, pronunciando alguna que otra palabra nada más, sin comprenderse bien, como adormecidos por el tibio calor de sus cuerpos. Silverio olvidaba sus entusiasmos republicanos; Miette ya no se acordaba de que su amante debía separarse de ella á la mañana siguiente por largo tiempo. Como en los días normales, cuando un ¡adiós! no turbaba la paz de sus citas, adormecíanse con el sueño de su ternura, acaso para siempre.

Seguían andando. Pronto llegaron á la pequeña senda de que había hablado Miette, que, internándose en el campo, conducía á una pequeña aldea á orillas del Viorne; pero no se detuvieron, y continuaron bajando, fingiendo no haber visto aquel sendero, que se habían prometido no pasar.

Algunos minutos después, Silverio murmuró:

—Debe ser muy tarde, Miette; te vas á cansar.

—No, no; te juro que no me canso—repuso la joven;—sería capaz de andar así muchas leguas. —Y con acento mimoso, prosiguió:—Vamos á llegar hasta el prado de Sainte-Claire. ¿Quieres? Desde allí volveremos.

Silverio, á quien mecía el cadencioso andar de la niña, y que soñaba despierto, no replicó. De nuevo quedaron sumidos en dulce éxtasis. Avanzaban con paso lento, temerosos de llegar al fin y volver á subir la cuesta. Andando hacia adelante, les parecía que caminaban hacia la eterni-